

ría a su patria hasta 1926. Posteriormente, movido por su espíritu inquieto, pasaría frecuentes temporadas en el extranjero. En el año 1956 fue encarcelado por su participación en el frustrado levantamiento húngaro. Desde su liberación, vive en Budapest, su ciudad natal.

Poeta y autor dramático, la faceta más importante de Tibor Déry es, no obstante, la de novelista. Baste citar "A befejeztlem mondat" ("La frase inacabada", 1946), obra rica en elementos autobiográficos —como ocurre, por otra parte, con todas las suyas— y que tienen como protagonista a un joven de la alta burguesía de Budapest que, desengañado de su propia clase, decide aliarse con el proletariado revolucionario, o "Felelet" ("Respuesta"), novela inconclusa, publicada en 1952, que refleja el conflicto del autor con el partido comunista.

No es, sin embargo, ninguna de estas novelas la que ahora se presenta en traducción castellana. La obra elegida, que lleva el título de "Querido suegro", se publicó en Budapest hace apenas tres años. Se trata, pues, de una obra de senectud en el sentido estricto de la palabra (1).

"Querido suegro" son las supuestas notas autobiográficas de un escritor de fama a quien un suceso en apariencia insignificante va a conducir de pronto al angustioso descubrimiento de la miseria y la soledad del hombre.

Mientras vela una noche el sueño reposado de su hijo, el escritor observa cómo se eleva inesperadamente la zona de la

(1) Editorial Noguer, Barcelona, 1976.



Tibor Déry.

colcha que cubre el pubis del adolescente. Aquella primera erección, inocente por involuntaria, de su único heredero va a convertirse para él en verdadera obsesión.

Preso de continuas crisis hipocóndricas, el escritor se autometeterá a constante observación e irá descubriendo en sí mismo poco a poco todos los síntomas de la decrepitud.

A partir de ese momento, su vida dará un giro radical. Rompiendo con viejos hábitos, comenzará a asistir a todos los entierros de que tiene noticia con

la única y malsana intención de zaherir con bromas sangrientas a sus amigos y convercerles —y persuadirse de paso a sí mismo— de que les sobrevivirá.

Nada de ello va a impedirle, no obstante, sufrir una humillación tras otra: su fracaso sexual con una joven escritora que se le ofrece después de darle a leer su insípido manuscrito; el matrimonio del hijo —para él, en su egoísmo, inesperado— con una ingenua muchacha, de la que acabará enamorándose platónicamente; sus ridículos esfuerzos por ganarse la conmiseración

—ya que no otra cosa— de su joven nuera; su abandono definitivo por la pareja, que espera el nacimiento de un hijo..., y por fin, cuando ya todo esté irremediablemente perdido, la soledad compartida con la vieja criada y el refugio en la literatura, última tabla de salvación.

Con un estilo ecléctico en el que juega una hábil alternancia de ironía y lirismo, excelentemente conservada en la versión de Elisabeth Szél, Déry nos ofrece en esta obra una memoria implacable de la doble decadencia, física y moral, de un individuo.

MADRID: HOMENAJE A MIGUEL HERNANDEZ



Miguel Hernández, según el dibujo que le hizo Buero Vallejo en la cárcel.

CUANDO Antonio Buero Vallejo terminó de pintar la cara de Miguel Hernández sobre la blanca y larga sábana (25 x 1,20 metros) que cubría la parte baja de la fachada lateral de Filosofía B, sonó una gran ovación. Sobre el césped estaban sentados algunos centenares de estudiantes, que rodeaban en silencio a los pintores de la gigantesca sábana... Muchas serían luego las ovaciones de esta tarde madrileña del 3 de junio, la tercera de un homenaje a Miguel Hernández, en el que han intervenido pintores, poetas, críticos y cantantes y en el que han intervenido, sobre todo, los jóvenes que abarrotaban el gran aula del pabellón de la Universidad.

Luis Izquierdo, del Comité organizador del homenaje en Valencia; J. L. Simón Cámara, Alfredo Santos Juan, Andrés Sorel y Enrique Cerdán Tato hablaron el martes día 1. En el recital actuaron el grupo Aguaviva y Luis Martín, el flamenco del Pozo del Tío Raimundo. Antes se

había realizado un mural en la fachada del pabellón.

El miércoles 2, a las cinco y media, se pintó en colectivo otra gran sábana y luego se celebró una mesa redonda ("La función de la poesía") con participación de Javier Alfaya, Valeriano Bozal, José María Moreno Galván, Jose Ripoll y Jorge Stoetter. Más tarde, Julio Vélez, Pepe Tarranto y Laura Díaz trataron sobre "Aproximación al flamenco", y a las ocho y media hubo un segundo recital: Ricardo Cantalapiedra, Enrique Morente, Araceli Banyuls, Juan Velasco y Pablo Guerrero.

La tarde del jueves 3, después de pintarse el mural, llegó el acto más importante de este homenaje. Lo inició Aurora de Albornoz, con un poema suyo y una salutación de Rafael Alberti, donde hablan Machado, Lorca y Miguel Hernández, escrita en los años cuarenta. Aurora, que pidió la vuelta de Jorge Guillén, Herrera Peterre, Juan Rejano, Adolfo Sánchez Vázquez y todos los exiliados, dejó el sitio a Antonio Buero, lector de otro poema. "No tengo pretensiones... Sé que esto es una osadía... Soy un poeta de domingo...", decía Buero. Y añadía: "Pero como estamos anhelando un largo domingo de libertad...". Luego leyó un poema sobre dos dibujos de Miguel, lleno de vida, la vida que pasaron juntos en la cárcel ("Hará treinta y seis años... Hacinados en la vasta galería, tras el perdido sueño... Antesala de la fosa..."). Todas las actuaciones estaban caldeadas, arropadas y a veces casi acalladas por un fervor de aplausos, que se hicieron atronadores cuando Blas de Otero, al que pidieron que probara el micro por ver si se oía, dijo una sola palabra de prueba: "¡Amnistía!"... Después leyó un poema a Lorca. Y tras Blas, Cano Ballesta, que lee dos poemas de Miguel; Abengoa, que lee poemas y pide libertades; Celso Emilio Ferreiro, con un poema en gallego y castellano; José Hierro, que dijo la "Nana de la cebolla"; Elena Andrés, con poemas de Hernández también; se leen cartas abiertas; intervienen Blanca de Vitoria, Jorge Stoetter, José Luis Cano, Azcoaga, Badosa... ■ V. M. R.